

Un asunto es promover abstractamente el postulado “resolver sin violencia los conflictos” y otro muy distinto es involucrarse en los conflictos para intentar aportar a su solución.

La construcción de paz incluye a la Universidad¹

Por **Adrián Restrepo Parra**

Profesor del Instituto de Estudios Políticos
adrian.restrepo@udea.edu.co

Para quienes hemos creído en la salida negociada de la guerra nos parece obvio que las universidades, especialmente las públicas, tendrían que cerrar filas con la paz. Hemos padecido el rigor de esa violencia y solo ahora empezamos a vivir tranquilos, dedicados a la vida académica sin la zozobra de otros tiempos. Sin embargo, la disminución ostensible de hechos de violencia desde la firma del Acuerdo de paz parece insuficiente para motivar mayor compromiso de la universidad con la implementación de lo acordado.

Por ello, en general no deja de resultar preocupante el papel jugado por las universidades públicas en los actuales procesos de paz. Y resulta ne-

cesario referirnos a los procesos de paz con paramilitares y guerrillas porque estos son los casos concretos que nos han mostrado las caras de la tragedia de la violencia ejercida en la guerra y la necesidad de pensar y construir un ambiente social y político sin ese tipo de violencia, lo que actualmente llamaríamos paz.

La misión institucional de las universidades supone como una obligación promover la solución no violenta de los conflictos. De allí que creamos en la educación como ese vehículo que puede contribuir a una convivencia sin matarnos. Sin embargo, un asunto es promover abstractamente el postulado “resolver sin violencia los conflictos” y otro muy distinto es involucrarse en los conflictos para intentar aportar a su solución.

El pacifismo indiferente en la universidad pone de presente el papel neutral de la academia: describir el paisaje sin tomar parte. Al tiempo que se proclama un pensamiento crítico (expresión que para otros resulta redundante) y la necesidad de la relación Universidad-Estado, ¿puede ser la universidad crítica y a la vez no tomar posición? ¿Puede la universidad promover la paz sin tomar parte de ella, de los conflictos concretos? ¿Fortalecer la relación Universidad-Estado sin tomar parte de la paz?

Guardando las proporciones, la situación descrita sobre la paz es similar al enunciado cristiano del perdón, el cual suele promoverse en abstracto, pero que luce por su ausencia a la hora de aplicarlo en casos concretos. Todo el mundo perdona hipotéticamente hasta cuando llega el momento de perdonar a quien efectivamente lo ofendió. En

A mi modo de ver, buena parte de las universidades han seguido la tradición de impulsar la paz en abstracto, el ideal de no matarnos para resolver los conflictos, pero a la hora de abordar los conflictos particulares, para nuestro caso la guerra, el compromiso con la paz deviene en ocasiones en retórica e indiferencia. ”

abstracto, la mayoría de las personas son pacíficas y dadas a perdonar, en los casos concretos suelen obrar de manera contraria.

A mi modo de ver, buena parte de las universidades han seguido la tradición de impulsar la paz en abstracto, el ideal de no matarnos para resolver los conflictos, pero a la hora de abordar los conflictos particulares, para nuestro caso la guerra, el compromiso con la paz deviene en ocasiones en retórica e indiferencia.

En situaciones como estas cabe la reflexión de Mario López Martínez sobre la no violencia. Él distingue entre quienes se consideran no violentos porque no apelan al uso de la violencia, aunque suelen ser indiferentes ante la violencia que otros ejercen o incluso simpatizantes de la misma obra-

da por mano ajena. Y aquellos que actúan para evitar la violencia y resolverla. Al respecto, afirma López Martínez: “lejos de identificarse con la debilidad, la apatía o el miedo frente a la violencia, el ejercicio de la no violencia implica intervenir de una manera activa e imaginativa en los conflictos, involucrarse y mezclarse con la violencia para controlararla, y presentar alternativas pacíficas para resolver dificultades y controversias”².

López Martínez nos señala entonces que pueden existir pacifistas indiferentes y pacifistas comprometidos. Considero que la coyuntura del actual proceso de paz con las guerrillas nos muestra la tendencia de unas universidades pacifistas indiferentes, capaces de promover la paz en abstracto, pero sin compromiso con los conflictos en concreto, para el caso la guerra colombiana. Para desarrollar parte de esta idea paso a describir algunos indicios al respecto.

Conocidos los resultados del plebiscito por la paz del 2 de octubre de 2016, cuando la opción del no ganó por un margen de 0,4 sobre la opción del sí, algunos medios de comunicación y los analistas señalaron que las iglesias habían sido determinantes en el resultado. Ellas habían

inclinado la balanza a favor del no, mientras que las universidades se habían inclinado a favor del sí. Esta lectura es parcialmente cierta porque, de un lado, no todas las iglesias estuvieron con el no, varias iglesias manifestaron su respaldo a favor del sí, incluida la que dirige el papa, aunque la iglesia que él preside en Colombia, la cual pregona el perdón y la paz en abstracto, haya llamado la atención pública por su flaco papel.

Y, del otro lado, tendríamos que señalar que las universidades antes y durante la campaña plebiscitaria lucieron de neutras. Pero después de conocer el resultado del plebiscito, o sea cuando percibieron el riesgo de perder la paz en concreto, las directivas universitarias, en cabeza de los rectores, manifestaron públicamente su respaldo al sí de la paz.

El papel jugado por las universidades durante ese periodo y lo que va corrido de la etapa inicial de la posguerra ha sido marginal. Algunos estudiantes, algunos profesores, algunos directivos, solo algunos avivaron los debates y controversias sobre el proceso de paz. Solo algunos se comprometieron. Decir entonces que las universidades se filaron a favor del sí, como promovieron los medios de comunicación, tiene distintos matices. Quisiera ilustrar algunos de esos matices reflexionando la situación de la Universidad de Antioquia.

Es indudable que los procesos de paz han permitido a la Universidad volver a tener calendarios académicos unificados y una ostensible disminución de confrontaciones armadas en el campus. Aun así, nuestra Universidad no ha tenido espacios suficientes para debatir las distintas implicaciones del proceso de paz para la vida del país y la vida propia de la academia.

Considero que tal situación obedece, en parte, a que la presencia de la guerra en el campus silenció a distintos actores, los cuales encontraron otras formas de plantear sus posiciones. Por ejemplo, resulta llamativo que durante la campaña plebiscitaria en la Universidad solo uno de sus miembros planteara públicamente su posición a favor del no; lo hizo un estudiante de medicina al publicar un artículo de opinión en la web. Esta publicación, personalmente, me pareció admirable porque durante los foros y debates a los cuales asistí en la Universidad sólo aparecían dos posiciones: los del sí y el silencio. ¿Cómo tener un debate a fondo si el diferente radical a ti no habla por miedo? ¿Qué hacer cuando ese otro soy yo?

Al conocer los resultados del plebiscito y el papel jugado por el departamento de Antioquia, que condujo al triunfo del no, resultaría ingenuo pensar que muchos universitarios no hayan votado por esa opción o hayan hecho parte del 60% de abstencionistas. Entorno que nos permite pensar que, por ejemplo, resulta indicativo de esta situación que en la actual formulación del plan de desarro-

llo de la Universidad la paz inicialmente estuviera ausente; ésta se incluyó por la labor deliberada de algunos miembros universitarios y ahora aparece en el quinto lugar de seis temas priorizados como estratégicos para el futuro de la Universidad.

Me parece respetable que un sector universitario hubiese optado por el no o se abstuviera de participar; ese es su derecho en el marco de la contienda democrática; lo que llama la atención es que en la Universidad, concebida como el lugar para el debate, el reconocimiento de la diferencia, la revisión de los argumentos, etc., los partidarios de esas opciones estuvieran callados o indiferentes.

Quizás parte de ese silencio obedezca al miedo causado en el campus por la presencia de las capuchas adscritas a las guerrillas, con lo cual expresar una opción distinta al sí pudo ser percibido

Quizás parte de ese silencio obedezca al miedo causado en el campus por la presencia de las capuchas adscritas a las guerrillas, con lo cual expresar una opción distinta al sí pudo ser percibido como asumir un alto riesgo para la vida. ”

como asumir un alto riesgo para la vida. De allí que en los pocos eventos realizados en la Universidad sobre la paz los invitados a favor del no siempre fueron invitados externos. Y posiblemente otros tantos simpatizantes del sí hayan permanecido callados por temor al paramilitarismo.

Por esto considero que al plantearnos la cuestión de la construcción de paz en el país y el papel de las universidades en ello, uno de los puntos de partida tiene que ser el reconocimiento de las heridas causadas por la guerra tanto adentro como afuera de los campus. No se trataría sólo de pensar el país sin guerra sino también de lo que la guerra nos hizo y los retos que esos dolores y odios nos imponen para creer que es posible una paz estable y duradera.

Una sociedad sin guerra es diferente a una sociedad sin violencias. El Estado en la guerra ejerce una forma de violencia que, entre otros motivos, lo convierte en actor central de la misma. Tal y como se aprecia en la confrontación armada entre el Estado colombiano y la guerrilla. En estos términos, la paz inicialmente es la ausencia de ese tipo particular de violencia, no el cese de todas las demás. Esta paz es la que se concretó en el Acuerdo firmado por las partes en confrontación. Esa paz cuenta entre sus componentes con una serie de reformas para avanzar en su construcción, como la atención especial a las víctimas, quienes más han padecido los horrores de la guerra. La paz empieza entonces por atender las heridas y pérdidas que la violencia política ha causado a miles de personas en el país, entre ellas las universidades, especialmente las públicas.

Querer escabullir la realidad de la guerra puede conducir a la moda de la paz y al fracaso de la paz concreta, la imperfecta. La paz recientemente firmada intenta saldar el uso de la violencia como mecanismo para lograr fines políticos. Proscribir el uso de la violencia en el campo político no suprime la existencia de otras formas de violencia en la sociedad. Querer poner de moda la paz como condena de toda forma de violencia es un propósito loable que corre el riesgo de tomar el camino de "la paz es todo" y terminar así olvidando la paz concreta, la imperfecta entre guerrilla y Estado. Y bajo el lema "ninguna violencia", suponer que todos somos víctimas de la guerra, dejando en segundo plano a quienes la han padecido directamente.

La línea de base para entender el alcance de la paz en estos momentos de Colombia pasa por tener presente, sin ánimo enfermizo de martirio, la crueldad de la guerra, las realidades que "tornó", las emociones que ha instalado en las maneras de relacionarnos como son el miedo y el odio, en las formas de percibir al otro, al diferente, como potencial amenaza. Aspectos de incidencia en los territorios donde la guerra ha golpeado más a la población. Para avanzar en este tipo de paz, que significa ausencia de guerra, pero no de conflictos ni de otro tipo de violencias, la comprensión de la guerra y sus alcances resulta necesaria y útil.

Aceptar este tipo de realidad posiblemente nos conduzca a controvertir la idea según la cual la indiferencia y la oposición al proceso de paz por

parte de un sector considerable de la sociedad obedecería sólo al desconocimiento de los contenidos del Acuerdo, haciéndose así necesario un tipo de pedagogía de la paz que tendría básicamente el carácter de informar e ilustrar a los ciudadanos, con el riesgo de derivar en propaganda. Claro que esta labor de informar es importante, pero el problema radica en suponer que es sólo la falta de información la que cimienta la indiferencia o la postura por el no.

En cambio, si tomamos como punto de partida las cosechas emocionales y los intereses sembrados por la dinámica de la guerra que condujeron al odio y al miedo, tal vez tengamos elementos para comprender las "resistencias" al proceso de paz. Ante hechos como este, la pedagogía de la paz tiene un reto que va más allá de ir a contarle a la gente que la paz es importante y que debería leer el Acuerdo. Labor que, dicho sea de paso, seguramente no han hecho la mayoría de los universitarios, los alfabetos que suponemos más ilustrados de la sociedad.

Comprender las tramas de la guerra permite orientar el tejido de la paz en los lugares concretos donde la violencia política tomó cuerpo, historia y llanto, incluida las universidades. En esos territorios, ¿qué podemos hacer con el odio cultivado en la guerra, el odio al enemigo? ¿Con el miedo, el estigma y la desconfianza? La paz del país demanda "desmontar" las imágenes del enemigo y construir las del opositor político.

Crear tal entorno requiere conocer la verdad de la guerra, es el conjuro de los fantasmas. Por eso, en el reciente proyecto aprobado por el Congreso de la República sobre la Justicia Especial para la Paz está la Comisión de la Verdad, que debe contribuir a la no repetición de los hechos y la reparación de las víctimas. Tal vez nuestra universidad requiera participar de ella como caso ejemplar para conocer y aprender de los destrozos de la guerra en la academia.

Por supuesto, los retos de construir la paz son enormes, pero difícilmente podremos asumirlos si los impactos de la guerra quedan menospreciados en la moda de la paz o en la indiferencia. En la construcción de paz es necesario formarnos y formar en tan vital cuestión. Nuestras áreas de conocimiento tienen con qué contribuir a ese proceso educativo y pedagógico sobre la paz, pero el punto de partida tiene que pasar, a mi modo

de ver, por reconocer y reconocernos como partes diferentes e implicadas en el conflicto. Reconocer tal diferencia debería llevarnos también a comprometernos con propiciar ambientes en los cuales las posturas opuestas y radicales puedan expresarse sin generar un entorno de miedo y estigmatización, propio de la guerra y no de una sociedad en posguerra o posacuerdo.

Para avanzar en esa perspectiva, las universidades deberían mantener presente que son centros de formación ciudadana y no solo de profesionales

o técnicos con calidad. Sería comprometerse con el postulado misional de divulgar y fortalecer la democracia, el carácter plural que es justamente el supuesto que la Corte Constitucional reconoce y avala en el Acuerdo de paz recientemente firmado y en proceso de implementación. Posiblemente por esta vía tenga eco el llamado de López Martínez de ser pacifistas activos, comprometidos en la búsqueda creativa de alternativas para contrarrestar la violencia emanada de una de las guerras más viejas del continente.

Notas

1. Una primera versión de este texto fue presentada en el foro "Las universidades y la paz", Plan de desarrollo institucional, Universidad de Antioquia, Medellín, marzo 16 de 2017.
2. Mario López Martínez. "La sociedad civil por la paz". En: Mario López Martínez y Francisco A. Muñoz (editores). Pág. 329.